
DE GUIPUZCOA

AMASA

—Dice usted que doscientos años?

—Sí señor; doscientos!

—Si supiera hablar.....

—Diría tales cosas y tantas, y tendrían sus palabras tal valor, tal expresión, que la impresión de su discurso nos habría de causar intensísima sensación.

—De manera que, aquí, á su pié, seguramente se cobijó más de una vez el gran guipuzcoano Larramendi, ¿no es eso? y pasaron bajo su frondoso follaje los Zurineas, señores de la casa Legarra.....?

—No sé quienes fueron esos señores, pero sí puedo asegurarle que alentaron bajo su sombra y rozaron su tronco los Jáureguis, los Zumalacarreguis, los Iturbes, los granaderos de ambos bandos, y ha sido pitar más balas, y ha visto correr más gente, y á su alrededor han pasado tantas cosas y tanto tiempo que, como he dicho á usted antes, sería el sermón de los sermones el que pudiera hacer, si así le fuera dado.

Este diálogo sostuvimos, frente á un añoso nogal, en la subida de la villa de Amasa.

Este artículo pensado en vascuence (como todo lo que hago, bueno ó malo) y traducido al castellano en cuanto cabe, y en cuanto lo cou-siente la índole de ambas lenguas, no es más que un apunte, un ligero boceto, pero copiado del natural, y sabido es que toda línea por vaga

que sea en estando trazada ante modelo vivo posee ya su principio de verdad y por ello su fundamento artístico.

Dibujemos.

Amasa se asienta en una colina de cono truncado, de contados metros de altura, es decir, no muy elevada.

Una iglesia, tres ó cuatro casas de aspecto bastante antiguo, una fuente de agua corriente y según reza su inscripción construida en 1867, otra restaurada ó de reciente construcción; frente á unos maizales el cementerio ocupando una situación magnífica y de gran propiedad, el santo lugar es de lo más decoroso y que honra á Villabona y Amasa.

En medio de todo esto se levanta la iglesia que es de la advocación de San Martín, parroquia de las dos pueblos que acabamos de nombrar; es de construcción maciza, sus cuatro lados son sillar concienzudamente labrado.

Su arquitectura no se compone más que de líneas perpendiculares lisas, que desde su base se elevan al cornisamento general, y ninguna ornamentación distrae su trazado. Sin torre sería una casa de defensa ó uno de esos casones señoriales del siglo XV.

Esta pequeña población se reduce pues, á un grupo de casas, una plaza y algunos caseríos inmediatos de labranza.

La Misa mayor que se celebra en la parroquia de Amasa es de tanto carácter y tiene un sabor tan especial que nos hizo recordar el lapiz de los pintores filósofos. Por eso recordamos con frecuencia al amigo Regoyos.

Parece que todos los dibujos que el original y notable artista conserva en sus innumerables croquis, andan allí sueltos como escapados de las hojas de sus albums

Las encorvadas abuelas tapadas con sus tupidas mantillas y con las tradicionales bildumenas las jóvenes que llevan el libro de oraciones en una mano y el pan ofrenda en la otra; los gizonos con las chaquetas colgadas por uno de los hombros cuya prenda visten en el atrio, el cura que sube sudoroso la cuesta, el tamboril que al final de la Misa va en vanguardia de la procesión amenizando el acto con los acordes de la marcha San Ignacio, en fin, todo ello produce un conjunto tan agradable que su misma sencillez cautiva, y sin saberlo, esa misma bondadosa sencillez se convierte, ante los ojos del artista, en venerable y superior grandeza.

El vecindario se despidе en el atrio, gente modelo en cuyos pechos

no sienten más que el amor al bien, y nosotros, a la vez, bajamos tras ellos, lanzando miradas al Hernio, al Loatzu, al Eskuiturri, gigantes-cos y soberbios monumentos de granito.

Desde una de las faldas de Amasa: dirigimos el anteojo al segundo término del cuadro, que es la casa-modelo «Fraisoro», y que en ella divisamos á varios señores que hablan y que accionan.

*
* * *

Allí vamos, y comprendiendo la gran importancia práctica y transcendental que indudablemente posee el caserío modelo de la Diputación, dedicamos toda la tarde á la visita del indicado edificio, cuya descripción no hacemos por ser preciso para ello artículo aparte.

Ya la noche nos envolvía. Dirigimos una mirada á Amasa, pero nada, era una placa velada, se distinguía algo, algo que sobresalía de la línea. Era que se adivinaba la torre de la parroquia de San Martin.

F. LÓPEZ ALÉN.

